

hasta los muros de Constantinopla a la merced de los godos. Estos, en el invierno de 377 y 378, cometieron atrocidades mayores que antes; solo Frigerido, general al servicio del imperio, consiguió en todo este tiempo copar una partida compuesta principalmente de godos, que fueron en parte acuchillados y el resto hecho prisionero.

A principios del año 378 estaba Graciano a punto de conducir todo su ejército del Rin al socorro de las infortunadas provincias del Bajo Danubio y de los Balcanes cuando estando ya en marcha, y parte de sus fuerzas en Panonia, volvieron a levantarse los alamanos, y a espaldas del ejército romano, en número de 40,000, penetraron a sangre y fuego por la Turgovia en la Galia, por el lado de la Alsacia.

El viejo y poderoso jefe de los alamanos había muerto en una guerra con las tribus francas. En estas circunstancias un almano que servía en el cuerpo de los escuderos imperiales de escudo de oro, obtuvo licencia temporal para ir a ver a su familia, de la tribu lentiense, establecida en la orilla septentrional del lago de Constanza. Por él se supieron los sucesos ocurridos en la península balcánica y la marcha de Graciano con su ejército al teatro de la guerra, y estas noticias bastaron para que varias partidas sueltas alamanas pasasen, desde el mes de febrero del año 378, por el Rin helado a la Suiza para merodear en las comarcas vecinas. Estas partidas fueron arrolladas y dispersas; mas cuando se supo que Graciano con su ejército se hallaba ya a gran distancia, el jefe de los lentienses, Priario, con 40,000 alamanos, penetró en el país de Turgovia, de donde descendió por la cuenca del Rin a la Alsacia, asolando el país. Al saberlo Graciano hizo retroceder a toda prisa las fuerzas que le habían precedido, y sin esperar su llegada volvió atrás con el resto del ejército que llevaba, a fin de reunirse con las fuerzas de los generales Nanieno y Malobando, que desde el interior de la Galia marchaban contra los invasores. Estos generales encontraron al enemigo, en el mes de mayo del citado año, cerca de Argentaria, no lejos de la actual ciudad de Colmar, en Alsacia; y contra la opinion de Nanieno, los romanos, contando con la aprobacion del valiente franco Malobando, se arrojaron sobre la hueste enemiga. En lo mas fuerte de la pelea llegó Graciano con su guardia imperial y cayó sobre los alamanos, segun parece por la espalda, con lo cual la victoria fué completa. Apenas 5,000 alamanos se libraron de la muerte o la prision, huyendo seguidos por Graciano, que con numerosas fuerzas pasó el Rin por el lado de Turgovia y los persiguió hasta dentro de las fragosidades de la Selva Negra. Los lentienses imploraron la paz y el joven emperador se la concedió bajo la condicion de aprontar un gran número de soldados para su ejército. Entonces, con sus tropas entusiasmadas, se dirigió a marchas forzadas por Arbon (Arbor Félix) y Lorch (Lauriacum) a Panonia, y llegado que hubo a Sirmio marchó sin demora al socorro de su tío Valente; pero segun veremos luego, llegó tarde para impedir la catástrofe mas terrible que podía caer sobre el imperio. La lucha contra los alamanos había hecho perder un tiempo precioso.

El emperador Valente, despues de haber logrado restablecer la paz con el rey de Persia bajo condiciones bastante aceptables, partió con sus fuerzas, seguido de las maldiciones de los homusianos, para su capital Constantinopla, a donde llegó el 30 de mayo de 378. Halló la poblacion exasperada porque los godos estaban asolando la campiña de la misma capital, si bien la caballería sarracena asiática, enviada delante por el emperador, les había hecho ya retroceder horrorizados de las fechorías de los feroces hijos del desierto. De ellos, en efecto, cuentan los autores maravillas de equitacion, pero tambien de salvajismo, como el acto de aquel sarraceno que retó a un godo a combate singular y habién-

dole hundido el puñal en la garganta se bebió su sangre, hecho que citan otros autores como sucedido tambien despues de la batalla de Adrianópolis y en otras ocasiones. No obstante el pueblo, irritado contra el emperador por su preferencia a favor de los arrianos, le atribuyó la culpa de todas las desgracias é hizo manifestaciones públicas que no le pudieron dejar duda de su desprestigio. En cambio, poco antes la poblacion de Antioquia había celebrado entusiasta y ruidosamente las victorias de su sobrino Graciano, que era homusiano, lo cual aumentó en mal hora los celos del emperador, que produjeron la próxima catástrofe. El 11 de junio salió Valente de la capital con numerosas fuerzas en direccion de Adrianópolis. Su valor y el de su ejército subió de punto cuando se supo que el general Sebastian con dos mil hombres había derrotado en una serie de encuentros a los godos a orillas del Mariza. El emperador, animoso y contento, y confiado en dominar a los godos sin el auxilio de su sobrino, estableció su cuartel general en Adrianópolis. Graciano entre tanto había llegado a Castra Martis, a orillas del Isker, en la Mesia Superior, a cosa de cincuenta leguas de la posicion de Valente; y a haberlo querido Valente, ambos ejércitos habrían podido efectuar su union en el espacio de dos semanas. Para concertarse respecto de las operaciones envió Graciano al general Ricomero al cuartel general de su tío. Valente convocó un consejo de generales, en el cual Ricomero y el general Víctor apoyaron vivamente la proposicion de Graciano, que pedía se esperase su llegada para dar entonces un golpe decisivo. Por desgracia no opinaron así el emperador ni su general Sebastian y a ellos siguió la mayoría del consejo, la cual por el contrario designó el día siguiente, 9 de agosto, para el ataque a la hueste, a la sazón no muy numerosa, de Fritigerno. A la mañana siguiente se perdió mucho tiempo en preparativos y despues el ejército tuvo que hacer una marcha de cuatro horas para llegar al mediodía a la vista de los godos, rendido de calor, de hambre, de sed y de polvo, porque era uno de los días mas calurosos de aquel año. Los godos no impidieron que los romanos se formasen en batalla, y aun para ganar tiempo hasta la llegada de las fuerzas alanas y ostrogodas que debían llevar Alateo y Safraco, el astuto Fritigerno entró en negociaciones con Valente, el cual se dejó engañar, mientras las tropas continuaban formadas, agobiadas por el calor sofocante, aumentado todavía por los godos, que incendiaron los prados y matorrales de la llanura. Al fin las tropas ligeras de Valente impacientadas empezaron sin orden de sus jefes a escaramucear, pero fueron rechazadas. En este momento llegaron los ostrogodos y alanos y se arrojaron con terrible ímpetu sobre las fuerzas de vanguardia imperiales, arrollándolo todo hasta llegar a la verdadera línea de batalla. Esta resistió durante mucho tiempo, y aun el ala izquierda consiguió avanzar hasta el campamento de Fritigerno, rodeado de las carretas de los godos. Entonces el éxito de la batalla pendía de un hilo. Por desgracia sucedió a Valente y a su ejército lo que había sucedido en la batalla de Cannas a Varron y Emilio Paulo: la caballería bárbara repitió su ataque y sembró la confusion hasta entre las legiones, que retrocedieron sin direccion superior; los romanos y las tropas romanizadas pelearon como leones hasta la noche, pero todo fué inútil: dos terceras partes cayeron bajo las flechas, dardos, mazas y dagas de los godos, y entre los muertos se hallaron los generales Sebastian, Trajano, Equitio y el mismo emperador, bien que difieren las noticias respecto del género de muerte de Valente, diciendo unos que murió de un flechazo, y otros que pereció en la huida en una choza incendiada por los godos su perseguidores. Solo los generales Víctor, Saturnino y Ricomero pudieron escapar en la

oscuridad con algunas tropas desbandadas y refugiarse en Adrianópolis, menos el general Víctor, que se dirigió con una seccion de jinetes a la Macedonia para llegar por medio de este rodeo a la Mesia.

El efecto moral que causó este desastre en todo el imperio, especialmente en la parte oriental, fué tristísimo, y lo peor fué que los diferentes partidos se echaron unos a otros la culpa de la catástrofe. Los paganos decían que era el castigo de los dioses antiguos, porque los emperadores habían renegado de su culto y admitido a su servicio cada vez mayor número de cristianos; los homusianos atribuían la culpa a la herejía arriana, y esta sucumbió efectivamente con la muerte de su protector.

Entre tanto volvió a caer en poder de los godos la mayor parte de la península balcánica, exceptuando las plazas fuertes, que rechazaron todos los ataques. Desde entonces cobró el mundo romano un odio inextinguible a los pueblos germánicos. El odio principal se dirigió por lo pronto contra los godos, cuyos rehenes internados en Asia fueron degollados, víctimas del furor popular. Muchos de los sucesos posteriores se explican por el odio que desde entonces los romanos profesaron a los germanos.

Esta vez tenia preparado el destino un gran capitán que salvó por algun tiempo el imperio.

CAPITULO III

TEODOSIO I Y LA DIVISION DEFINITIVA DEL IMPERIO

El emperador Graciano, que recibió por Víctor la noticia de la desgracia de Adrianópolis, se vio de golpe dueño de todo el imperio; pero no le fué permitido disfrutar del nuevo poderío. Todo el mundo estaba tan aterrorizado, que no había que pensar en vengar la muerte de Valente, ¿ni cómo pensar en tal empresa si el mismo Occidente se veía amenazado? Junto al Rin volvían a moverse los francos y alamanos; en la península balcánica el general Mauro, encargado desde la llegada de Graciano a Sirmio de la defensa de los importantes desfiladeros de Succí en lugar del valiente Frigerido, se mostró incapaz de rechazar a los godos, y numerosas bandas de estos recorrían ya la Mesia Superior, la Dalmacia y la Panonia. En este último país se unieron con otras tribus sármatas y cuadas que todo lo saqueaban, y tantas eran que hasta recorrían los alrededores de Sirmio, la fortaleza principal del país, a donde se había replegado otra vez Graciano. No hubo mas remedio que echar mano de los varones idóneos para confiarles puestos difíciles, uno de los cuales era el bizarro hijo de Teodosio, tan incicuamente asesinado. Este fué llamado y encargado del mando en jefe de las fuerzas de Panonia y de la Mesia Superior. Además el emperador anuló desde Sirmio las disposiciones tomadas contra los homusianos y restituyó sus empleos a todos los sacerdotes de esta iglesia que habían sido despedidos por Valente, sin molestar todavía a los arrianos ni su culto en las provincias orientales, si bien el pueblo de Alejandría había ya expulsado de la ciudad al obispo arriano Lucio.

Cuanto mas empeoraba la situacion política mas afan desplegab Graciano en buscar para el Oriente un co-emperador que a las dotes de excelente general, gobernador y administrador reuniese las condiciones religiosas necesarias para gobernar en su sentido y a su gusto. En esto estaba pensando cuando llegó a Sirmio, a principios del año 379, Teodosio, para dar personalmente al joven emperador la noticia de una victoria capital que con su pericia, valor y arte de tratar y entusiasmar a la tropa había alcanzado sobre los sármatas arrojándolos al otro lado del Danubio. Graciano vió en Teo-

dosio el hombre que buscaba, tanto mas cuanto que era tambien como él homusiano; y noble como era, confió en la nobleza del general que tan terrible motivo de odio contra el gobierno tenia. No se engañó, y el 19 de enero de 379 pudo proclamar en Sirmio a Teodosio co-emperador suyo, con derechos enteramente iguales. Dividió el imperio con él y le cedió por razones militares, además de las provincias de Oriente, la mitad meridional de la de Iliria, a saber, la Macedonia y las provincias griegas, con una parte del ejército de Occidente y con Ricomero y otros altos jefes. Hecho esto regresó Graciano a mediados del año 379 a Italia.

Teodosio empuñó el gobierno con una energía titánica y una destreza admirable, conforme lo requería su difícilísima mision de crear un nuevo ejército y llevar adelante la guerra contra los godos. Sin llegar a la altura de su padre, reunía el nuevo emperador de Oriente un gran número de excelentes dotes, y como su padre y Graciano imponía tambien por su físico y su porte majestuoso unidos a un trato afable y a una conducta ejemplar como particular, esposo y padre. Como los emperadores ilirios velaba rigidamente por la moralidad de los demás, y solo adversarios irreconciliables pudieron escribir posteriormente que el joven emperador era demasiado afecto a los placeres de la mesa. En cambio no podían manifestarse sus aficiones científicas hasta despues de haber pasado los trabajos mas urgentes y mas rudos que requería la situacion angustiosa del imperio. Por el momento llamaron la atencion su asombrosa actividad y su perseverante laboriosidad, que no menguaron al parecer sino al cabo de bastante tiempo; y lo que desde luego se admiró en él fueron su pericia y talento organizador militar, su habilidad para formar guerreros y hacerlos alcanzar victorias, su destreza diplomática, que jamás erraba el golpe, y su tacto para tratar a sus soldados germánicos hasta obtener de ellos una verdadera adhesion. Su talento administrativo era no menos grande y notable que su acierto en la eleccion de personas, lo cual no impidió que alguna vez se engañase, y a todo esto agregó una bondad de corazón suma que en nada cedía a la de Graciano. Con el tiempo, sin embargo, se manifestaron y exacerbaron tambien sus defectos; no supo resistir siempre al influjo que el poder absoluto suele ejercer sobre los que lo poseen, como lo prueba la censurable política religiosa que siguió; y no solamente sintieron las explosiones de la iracundia de aquel hombre, por lo comun tan humanitario, los enemigos exteriores del imperio, sino tambien otras personas. Aquellas explosiones excedían aun a las del terrible Valentiniano I; pero en cambio tenia Teodosio bastante nobleza innata para arrepentirse y enmendar, en cuanto era posible, el mal que había hecho.

Investido del poder imperial en la parte oriental del imperio, tomó por base de todas sus operaciones contra los godos la importantísima plaza de Salónica; y en seguida ocupóse en disponer lo mas apremiante entonces, que era la creacion de un nuevo ejército, disciplinado, que confiado en su propia fuerza y en la direccion de su jefe, pudiese ser conducido a todas partes con seguridad de buen éxito. Esto requería tiempo y entretanto era preciso atenerse a la defensiva y no arriesgar nada. Estos preparativos, y la completa pacificacion de la península balcánica, que Teodosio efectivamente logró, exigieron, segun ahora veremos, mas de tres años de tiempo.

Empezó Teodosio por reunir los restos del ejército destruido cerca de Adrianópolis; llamó las legiones disponibles de provincias distantes, enganchó grandes masas de godos y otros germanos, y poco a poco pudo añadir a las legiones occidentales que Graciano le había dejado, fuerzas respetables, no sin interrupciones, a causa de tener que rechazar a

varias tribus godas que extendieron sus correrías hasta el Epiro y la Grecia.

Había entrado ya el verano del mismo año de su elevación al imperio cuando pudo pensar en caer sobre las bandas germánicas que recorrían en gran número, cada una por su lado, aquellas provincias. La fortuna le ayudó, y al fin del año 379 estaba limpio de godos el país hasta los Balcanes, resultado al cual contribuyeron los medios diplomáticos de que se valió para dividir á los bárbaros entre sí. Los esfuerzos sobrehumanos que hizo le causaron una larga y peligrosa enfermedad que le detuvo en Salónica y que empezó probablemente á principios del año 380. Esto causó naturalmente grandes perjuicios; muchas cosas útiles principiadas ó dispuestas quedaron suspendidas ó desbaratadas, y lo peor fué que los godos pudieron rehacerse y abrir otra campaña de devastación desde la Dardania, la Mesia superior y la Panonia meridional. Al mismo tiempo los ostrogodos, hunos y alanos, en la primavera del año 380 invadieron la Panonia y la Nórica, y los godos occidentales (visigodos) acaudillados por Fritigerno penetraron en el Epiro, la Tesalia y la Grecia septentrional.

Graciano mismo marchó contra los bárbaros que amenazaban al Occidente, pero como su general Vitaliano no resultó muy idóneo para el caso, hubo que entrar con ellos en negociaciones y no hubo guerra. En cambio los enemigos se dirigieron á la península balcánica en el otoño del 380, donde el general griego Teodoro luchó contra Fritigerno con bastante éxito. Apenas se restableció Teodosio de su enfermedad, vióse muy seriamente apurado en Macedonia por nuevas masas godas, y para desembarazarse de ellas tuvo también que hacer mas uso de la diplomacia que de las armas, ya que el auxilio pedido á Graciano no podía llegar tan pronto como habría sido menester. Estos trabajos diplomáticos consistieron en contratar para el servicio del imperio al enemigo de Fritigerno, el jefe Atanarico, que á la cabeza de otras tribus godas había invadido á su vez la península balcánica. Este arreglo se hizo quizás despues de muchos combates habidos ya con Fritigerno, á principios del año 380. Desde entonces en adelante los romanos pudieron aprender por experiencia una lección muy desagradable, á saber: que admitiendo en su territorio tantos bárbaros, admitían también sus enemistades personales y de tribu, que atraían nuevos enemigos y suscitaban nuevas guerras en el interior del territorio y contra invasores nuevos. Es verdad que también supieron servirse de estas enemistades para hacer que los bárbaros se exterminaran mutuamente. Una política análoga movió despues á emperadores cristianísimos á tener á su servicio tropas gentílicas, especialmente germánicas, para poderlas emplear en caso necesario contra potentados eclesiásticos peligrosos.

Hecho el arreglo con el anciano jefe godo, pasó el emperador, en 14 de noviembre de 380, á Constantinopla, para recibir con todo el aparato correspondiente á Atanarico. Verificóse la recepción en 11 de enero del año siguiente, y habiendo muerto Atanarico á las dos semanas, en 25 de enero, el emperador le hizo sepultar con gran fausto y honores de rey. El séquito del jefe godo entró al servicio del imperio; el otro jefe godo Fritigerno murió también, y habiendo llegado por tierra y por mar los refuerzos de Italia, logró Teodosio reprimir á los godos en el curso del año 381, si bien no tuvo bastante fuerza para expulsarlos del territorio. Los refuerzos enviados por Graciano eran tropas del Occidente mandadas por dos jefes francos, uno llamado Bauto, persona civilizada ya y muy instruida, que despues fué encargado de la capitania de Italia, y otro llamado Arbogasto, hombre atlético y gigante, germano bravío todavía, que mas adelante se quedó al servicio del emperador de Oriente.

Estos desembarcaron con sus tropas en un puerto del Epiro á fines del año 380 ó á principios del siguiente, y desde allí arrojaron delante de sí hácia el Norte en batida sistemática á los bárbaros godos, hasta tenerlos reducidos á la Tracia, donde los jefes de banda hicieron cada uno por sí la paz con Teodosio en condiciones favorables. En 23 de octubre de 382 pudo considerarse restablecida la paz general. Segun los pactos, las bandas ostrogodas de los jefes Alateo y Saffraco se establecieron en la Frigia, y las masas visigodas en una larga línea en la cuenca del Danubio, al través de la Mesia y la Nueva Dacia. Se les facilitaron por lo pronto hasta que pudieran bastarse á sí mismos, víveres, ganado y trigo; se les eximió también de toda contribucion, y en cambio de todo esto y de subvenciones anuales contrajeron la obligacion de aprontar, en calidad de pueblo confederado interior, tantos soldados como el emperador pidiese y siempre que los pidiese. El problema nada fácil de consolidar y perfeccionar de esta nueva combinacion fué resuelto por Teodosio admirablemente.

Si Teodosio hubiese muerto inmediatamente despues de haber hecho este arreglo, la posteridad reconoceria en él con razon uno de los varones de mas mérito de aquella época; pero desgraciadamente Teodosio creyó deber continuar con mas energía que Graciano el proyecto de este de declarar la guerra á los arrianos y despues á los cultos antiguos para hacer del símbolo de Nicea el único en el mundo romano. Graciano había vuelto á mediados del año 379 á Italia, donde había conferenciado con San Ambrosio, y en Milan había publicado una nueva ley para no dejar á nadie duda sobre su resolucion de no permitir otra doctrina cristiana mas que la homusiana. Ni la emperatriz viuda Justina pudo conseguir, porque San Ambrosio no lo consintió, que se le cediera una basílica desocupada en la capital para celebrar ella y sus correligionarios su culto segun la doctrina de Arrio. Ambrosio influyó también para que se nombrase obispo de Sirmio en el año 380 á un partidario de la fórmula de Nicea; á fines de este mismo año Teodosio, no obstante la guerra contra los godos, que continuaba como antes, declaró con un acto enérgico cuál era su política religiosa, y el mundo civilizado conoció por primera vez el catolicismo español. El emperador, casado á principios del año 377 con la devota española Elia Flaccila, á pesar de no estar bautizado, era homusiano por conviccion. Cuando cayó gravemente enfermo en Salónica, estuvo durante su enfermedad bajo la influencia del obispo Acolio, ardiente partidario del símbolo de Nicea, de quien recibió el bautismo, y aquella influencia jamás fué sobrepujada por nadie mas que despues por la de San Ambrosio.

En 28 de febrero de 380 publicó el famoso decreto que declaraba también para el Oriente como único símbolo «católico» el de Nicea, y ordenaba á los cristianos del imperio vivir únicamente en esta religion, calificando al propio tiempo á todos los partidos contrarios de «heréticos dementes que sostenían un dogma infame.» La aplicacion rígida de esta orden no se hizo esperar; apenas hubo llegado el emperador en el mes de noviembre del año 380 á Constantinopla arrancó de cuajo y de un solo golpe el arrianismo que todavía predominaba en aquella capital; el eminente obispo arriano Demófilo tuvo que desocupar su palacio, abandonar sus funciones y la capital, y en 26 de noviembre fué entregada la catedral á Gregorio Nazianceno, el jefe de la reducida comunidad católica, hasta entonces muy oprimida por los arrianos, en cuya ceremonia se desplegó, además de las solemnidades eclesiásticas, una pompa militar extraordinaria. De igual modo brusco y repentino fueron prohibidas las conversaciones sobre puntos teológicos entre laicos. El concilio que reunió en la primavera siguiente en

la capital, y en el cual se sentaron ciento cincuenta obispos de las provincias orientales, sancionó la victoria de la doctrina homusiana, confirmó de nuevo el símbolo de Nicea, anatematizó á los arrianos y otros heréticos, y despues de regularizar el organismo interior de la iglesia de Oriente, declaró la silla episcopal de Constantinopla inmediata en categoría á la de Roma, disposicion que llevó á su colmo la rivalidad entre la iglesia de Alejandría y la de Constantinopla.

Concluida la guerra con los godos empezó la lucha, que duró también años, contra los arrianos, que desde cuarenta años dominaban en el Oriente, contando todavía con la mayoría de los cristianos en aquella parte del imperio. El plan era ir reduciendo gradualmente esta poderosa secta quitándole una iglesia y una silla episcopal tras otras, haciendo imposible su reunion en comun para los actos del culto y destruyendo su organizacion interior por falta de autoridades eclesiásticas. Hubo presion y escenas brutales; un edicto prohibió todo servicio divino fuera del católico, conminando con la expulsion del territorio y la confiscacion de bienes á los contraventores y con el secuestro de los locales donde se efectuaran reuniones cristianas no católicas. Una serie de leyes que el sabio Teodosio publicó dió armas para castigar como criminales á aquellos cristianos que se atrevían á adorar y honrar á Dios de otra manera que la permitida y autorizada por la iglesia despótica, bello ideal del despotismo monárquico. Hubo resistencia y aun tumultos, pero los refractarios tuvieron que someterse; sin faltar á la ley que prohibía perseguir á nadie por su fe personal, y sin excluir á nadie por este motivo de los empleos públicos, Teodosio en Oriente y Ambrosio en Occidente consiguieron la supresion del arrianismo; Ambrosio por medio del concilio reunido en Aquileya el año 381 y con la aplicacion de los medios espirituales mas eficaces, dominó la resistencia posterior de los arrianos de la prefectura de Iliria, si bien pasó todavía mucho tiempo antes de que el arrianismo desapareciera del todo de la escena. No faltaron en tiempo de Teodosio manifestaciones de la exacerbacion indecible de los súbditos arrianos, y hasta hubo una tentativa amenazadora de reaccion, pero sin resultado. A mediados del siglo v el arrianismo desapareció de todo el imperio; pero en cambio se extendió mas entre los pueblos germánicos cristianizados, porque para ellos era este dogma mas inteligible que el homusiano, y Teodosio se guardó muy bien de prohibir á los godos su religion arriana por una «orden del dia» como la había prohibido á los demás. Así muchos eclesiásticos romanos y griegos, destituidos ó expulsados, encontraron refugio entre los godos, cuyo fanatismo contra los católicos atizaron con actividad y buen éxito, al mismo tiempo que conquistaron continuamente nuevos prosélitos á la fe arriana entre los bárbaros; todo lo cual dió naturalmente sus frutos, que por cierto tuvieron una trascendencia enorme. Siguiendo el ejemplo de los godos ó por propaganda directa, ó, como algunos han supuesto, por el deseo de elevar por este medio una valla entre los latinos y los germanos cristianos, otros pueblos de esta última raza adoptaron el cristianismo arriano; pero esto fué cabalmente un gravísimo daño y un obstáculo para aquellos jefes germanos que posteriormente, en el curso del siglo v, se elevaron á reyes de sus pueblos propios y de los romanos ó romanizados y católicos en cuyos territorios se establecieron por derecho de conquista.

Igualmente decidido se mostró Teodosio á concluir con los cultos antiguos; el trabajo, lento pero constante, de la propaganda cristiana no bastaba á su genio impetuoso, y pronto realizó lo que había dejado entrever con bastante claridad en su proclama de Salónica en el año 380. En este mismo año, apenas hubo llegado á Constantinopla, promulgó

los decretos prohibiendo á los paganos los sacrificios, los banquetes que los acompañaban, las procesiones, ritos y todas las fiestas y pompas tradicionales en las diferentes solemnidades religiosas. También quedó prohibido bajo la pena de proscricion todo sacrificio ofrecido por particulares, tanto de dia como de noche, en un templo ó en cualquier otro sitio; y finalmente ordenó el emperador el cierre de todos los templos paganos en las ciudades y fuera de ellas. En 4 de mayo del año 381 y en 20 de mayo de 383 publicó los decretos declarando á toda persona que recayera del cristianismo en el paganismo incapaz de heredar, como no fuera pariente inmediato del difunto, é inhabilitada con la misma excepcion para disponer de sus bienes por testamento. Las excepciones por lo demás no se referían sino á los parientes cristianos, pues á falta de ellos era el heredero el fisco. No obstante estos decretos, que en realidad declaraban los cultos antiguos fuera de la ley, continuó el emperador en buenas relaciones con los grandes hombres del paganismo como Temistio y Libanio. A pesar de su energía espantosa no le fué posible desarraigar de un golpe aquellos cultos, cuyas raíces proce-



Moneda de oro de Teodosio el Grande.

Representa el busto de este emperador con la leyenda: D(ominus) N(oster) THEODOSIVS P(ater) F(elix) AVG(ustus).

dian de remotas épocas prehistóricas. La resistencia fué pasiva pero tenacísima, y la aversion natural ó negligencia intencional de los funcionarios públicos cuando se trataba de ejecutar y secundar las disposiciones del emperador, contribuyeron á prolongar aquella resistencia. Encendiéndose por tanto, especialmente en el sudeste del Oriente romano, la ira de los sacerdotes, de los monjes y del populacho cristiano impulsándoles á destruir templos y cometer toda clase de excesos, que á su vez dieron origen á muchos actos de exasperacion de los paganos. Estas luchas y la entablada entre cristianos católicos y arrianos tuvieron á las provincias orientales durante muchos años en una excitacion extraordinaria.

El agente mas enérgico y brutal que Teodosio envió á recorrer las ciudades importantes de las provincias orientales para ver si se ejecutaban los decretos, fué su compatriota y ministro de hacienda Cinegio, adversario declarado del paganismo, que despues, en 384, estuvo encargado de la prefectura de Oriente, en cuya plaza permaneció cuatro años. En el año 391 esta situacion lamentable llegó en Alejandría á su grado máximo complicándose con la guerra religiosa que desde cinco años antes ardía entre los partidarios del obispo Teófilo y los del culto antiguo, excitados por los filósofos neo-platónicos, en especial Olimpo. Este último episodio sangrientísimo terminó con la destruccion del templo de Serapis en el mes de julio de 391, por orden expresa del emperador. Igual fin que el templo de Serapis, centro militar del partido pagano, tuvieron luego los demás templos paganos del Egipto. Al propio tiempo las sinagogas judías sufrieron ataques de las masas cristianas fanatizadas, cuyos excesos quedaron sin castigo por la intervencion de San Ambrosio, que esta vez abusó de su gran influencia sobre Teodosio.

Fué aquella una época lúgubre, y no es de admirar que el odio de los oprimidos y de las víctimas se concentrara en la persona de Teodosio é hiciera desconocer y olvidar los méritos de aquel hombre notabilísimo, restaurador del imperio y organizador de una administracion inteligente y bené-